

## Palabras preliminares

Las vicisitudes para que este libro haya podido ver la luz han sido tantas, que para describirlas en detalle sería necesario escribir una novela. Y sería una novela entre cómica y ridícula. Sería, como todo lo que tiene que ver con el poder, una farsa grotesca.

Para comenzar, unos torvos agentes de los organismos de represión, encabezados por un “probo fiscal” sobre quien pesan acusaciones incluso de haber asesinado a un hombre y quemado su cadáver, destrozaron nuestra biblioteca; a cuentagotas hemos ido encontrando y recuperando algunos ejemplares. Con lo que fuimos consiguiendo, Álvaro recomenzó su trabajo en el penal de Chonchocoro, en una época en que el régimen penitenciario era no sólo opresivo e irracional, sino completamente absurdo: los primeros borradores fueron escritos bajo el sol de plomo del altiplano porque en ese entonces parte de la “rehabilitación” consistía en que los presos pasaran ocho horas diarias a la intemperie.

Avanzó el tiempo y con él, el trabajo. Borradores, libros, comentarios iban y venían de cárcel a cárcel, hasta un momento en que, como era inevitable, una parte de lo que ahora es el capítulo III se perdió. Tuvimos que rehacerlo, lo que fue aprovechado por el autor para reelaborar el plan general de exposición de las ideas.

El cuerpo básico del texto estuvo listo más o menos en abril-mayo de 1994 y entonces comenzamos a esperar que las “autoridades” permitieran que entrara en el penal un instrumento tan subversivo como una computadora, con la cual realizar el trabajo de edición.

Gracias al celo profesional, ignorancia y defensa de la estupidez, la computadora jamás pudo entrar a Obrajes, pero logró ingresar a Chonchocoro y permanecer allí durante aproximadamente cuatro semanas, que fueron de trabajo intensísimo en correcciones, organización

de notas, etc. Sin embargo, los “inteligentes” del CEIP volvieron a pensar que puede someterse la voluntad humana cometiendo un abuso más, y un día sencillamente se robaron la computadora y todo lo avanzado con el texto transcrito (hace días, el señor San Martín, después de permitir que nuestra computadora fuera utilizada por personal de relaciones públicas de su oficina, finalmente nos la devolvió descompuesta).

Antiguo conspirador, el autor no fue tomado por sorpresa. Gran parte de este material logró salvarse, pero tuvo que correr los avatares de la edición desde la cárcel. El material llegó a mis manos y tuvimos que realizar miles de malabarismos, imposibles de llevar adelante sin una enorme cantidad de personas amigas y solidarias.

Además, tuvimos que encarar también los problemas de un libro que es editado únicamente con recursos propios. La cárcel —debíamos intuirlo— no es un lugar seguro para guardar dinero, y parte de lo que teníamos destinado a la edición nos fue robado. La policía, tan “eficiente” en otras tareas, jamás pudo hacer que recuperáramos ni un peso.

Pero con todo, el libro está aquí, terminado y como testimonio de la voluntad humana, de la vitalidad que no se detiene ante ningún obstáculo y ahora tendrá que mostrar en otros ámbitos su significado y utilidad.

Es sin duda un libro denso. Escrito con un estilo pesado, complicado... que a decir del autor —ante mis constantes críticas—, es el único que ha podido imprimirle a sus ideas en la prisión. Yo recomiendo al lector no iniciar la lectura por el capítulo I que es quizá el más abstracto y en parte el más complejo, sino por el capítulo II, continuar con el tercero y el cuarto y después hacer ya la lectura del primero. Igualmente, en la parte del texto que toca lo relativo a la nación, recomiendo leer el capítulo VI antes que el V.

Sugiero también que no se abandone la lectura al encontrar las primeras partes complicadas o demasiado abstractas. Es un libro que vale la pena leer.

Por último, una vez más agradezco a tantas hermanas que nos han apoyado siempre, sobre todo a Silvy, que con paciencia infinita revisó conmigo una y otra vez los borradores, y a Rita y Melvy, las primeras entre las compañeras imprescindibles.

Cárcel de Obrajes, febrero de 1995

Raquel Gutiérrez Aguilar